



Capítulo 237 - Hablaremos más tarde

Vergil miró irritado a Alexa; sus ojos carmesí brillaban en la tenue destrucción que lo rodeaba. Pero pronto suspiró, haciendo girar su espada con desdén, como si todo esto no fuera más que un simple pasatiempo.

"Ahh... Tienes razón, pero aun así..." Su voz denotaba un cruel aburrimiento, y su mirada volvió al Ángel Caído mutilado que tenía ante él. El ser celestial luchaba por recomponerse, con dedos temblorosos presionando la carne expuesta donde una de sus alas había estado.

Entonces, la presión cambió.

El aura de Vergil comenzó a elevarse, como una sombra viviente que se arrastraba por cada centímetro del campo de batalla. El aire se volvió denso, sofocante, como si el espacio a su alrededor se aplastara bajo su presencia.



El miedo se propagó como una enfermedad.

Los Ángeles Caídos aún presentes sintieron el grito de sus instintos. Un escalofrío les recorrió la espalda y sus alas se erizaron involuntariamente. Intercambiaron miradas por un breve instante antes de sucumbir al pánico absoluto.

—¡Re-retírense! —gritó uno de ellos con un tono de desesperación en la voz.

Batieron sus alas furiosamente, tratando de escapar, sus siluetas desaparecieron en las sombras del cielo fracturado.

Pero fue inútil.

Vergil levantó una mano, con los dedos curvados como si tirara de hilos invisibles. Sus ojos brillaban con un rojo intenso y amenazador.

"Hemoclismo."

Y entonces, se abrió el infierno.

Los cuerpos de los Ángeles Caídos explotaron de adentro hacia afuera.

El sonido era grotesco: una sinfonía macabra de carne desgarrada, huesos que se quebraban y gritos que nunca encontraban fin.

La sangre en su interior hirvió al instante, sus venas se convirtieron en lanzas con púas, destrozando sus entrañas, destruyendo sus órganos. Sus ojos estallaron como fruta madura, y sus bocas se abrieron en un horror silencioso: sin aire, sin súplicas.

Un líquido escarlata se elevó hacia el cielo, retorciéndose como serpientes, convergiendo en una esfera gigantesca que latía como un corazón maligno sobre Vergil. El resplandor carmesí bañó la escena con una luz inquietante, reflejándose en los cadáveres resecos, ahora no más que cáscaras marchitas y sin vida, desprovistas de toda vitalidad.

El silencio que siguió fue casi peor que los gritos.





Alexa, observándolo todo, permaneció impasible. Sus ojos dorados simplemente analizaron la escena, sin mostrar sorpresa, asco ni compasión. Para ella, esto era natural.

Vergil bajó su mano lentamente, y la sangre flotante comenzó a absorberse en su piel, cada gota devorada por su cuerpo como un demonio consumiendo la esencia de sus víctimas.

Cerró los ojos por un momento, sintiendo la energía surgiendo a través de cada fibra de su ser.

Y luego sonrió.

Una sonrisa monstruosa.

Inclinó el cuello, dejando escapar un chasquido seco, flexionando los hombros mientras su cuerpo vibraba con la energía que acababa de adquirir.



Lentamente, Vergil volvió su mirada hacia el último ángel caído sobreviviente.

El ser celestial, que una vez llevó orgullo y arrogancia, ahora temblaba, sus ojos abiertos reflejaban horror absoluto.

Por primera vez, sintió algo que nunca pensó que experimentaría ante un ser demoníaco.

Puro terror.

Vergil se lamió la sangre de la comisura de los labios, inclinando ligeramente la cabeza; un brillo depredador brillaba en sus ojos carmesí.



"Y ahora, ¿dónde estábamos?"

Su mirada recorrió los alrededores y se fijó en los hombres lobo.

Estaban paralizados, con los ojos abiertos y los cuerpos rígidos. Nadie se atrevía a respirar demasiado fuerte. Cualquier plan que tuvieran, cualquier intención que alguna vez albergaran, se había desintegrado junto con los Ángeles Caídos.

Virgilio frunció el ceño.

"Ah, eso es cierto."

Él sonrió. Amplia. Salvaje.

Y luego señaló a los vampiros.

Bastó que un vampiro rompiera el silencio en pura desesperación.

"¡ESPERAR!"

Su voz resonó, temblorosa y urgente. Lentamente levantó las manos en señal de rendición. Sus ojos se clavaron en los de él, dilatados por el miedo, pero al mismo tiempo, había una razón tras su terror.

Vergil parpadeó lentamente, analizándola como un depredador que estudia a una presa que acaba de renunciar a correr.





—Oh... —murmuró, con la diversión reflejada en su voz—. Alguien tiene valor...

Su sonrisa se amplió, afilada como una espada.

La vampira tragó saliva con fuerza pero mantuvo la postura.

"No te atacamos, Rey Demonio", dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras.
"Solo seguimos órdenes... No deseamos una guerra contra ti".

Vergil inclinó la cabeza y el brillo de sus ojos se intensificó como si absorbiera cada matiz de su expresión, cada latido rápido de su corazón.

"Nombre."

La orden cortó el aire como un látigo.

El vampiro sintió sus colmillos rechinar contra su propia lengua, pero respondió de inmediato.

«Marya». Su nombre salió rápidamente, sin vacilar, como si supiera instintivamente que hasta el más mínimo retraso podía sellar su destino.

Vergil la observó en silencio por un momento, dejando que la tensión se expandiera, la sofocara, se filtrara en los huesos.

Entonces, se rió. Bajo. Profundo. Oscuro.

Y Marya sintió un escalofrío mortal recorrer su columna.





Vergil mantuvo su mirada aguda sobre ella, sus ojos carmesí brillando con pura amenaza.

—De acuerdo —dijo con la voz fría como una espada recién afilada—. Vete. Llévate a todos los vampiros contigo.

El aire se volvió sofocante.

"Si veo a alguno después de esto..." Ladeó la cabeza ligeramente, con una sonrisa cruel formándose en sus labios. "Mataré. Sin excepciones."

Marya sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

Ella apretó los puños y asintió rápidamente.

"Comprendido."

Ella se giró sin dudarle, su postura rígida y sus pasos rápidos mientras comenzaba a retirarse, arrastrando a los otros vampiros con ella.

Vergil observaba en silencio, su aura aún pesada y sofocante, como si las sombras a su alrededor estuvieran esperando una razón para levantarse y consumir todo.

Alexa frunció el ceño y cruzó los brazos mientras observaba a Vergil en silencio.





"¿Por qué los dejaste ir?", preguntó con la voz cargada de curiosidad y un ligero dejo de frustración. "Pensé que ibas a matar a todos aquí".

Vergil no respondió de inmediato. Se quedó allí, inmóvil, con expresión indecifrable, mientras sus ojos carmesí brillaban como brasas en la oscuridad.

Luego suspiró.

"Tengo un contrato con Azazel para exterminar a todos los Ángeles Caídos traidores." Su voz era fría y controlada, sin dejar lugar a dudas.

Alexa arqueó una ceja. "Pero no son..."

—Eran traidores. —Vergil la interrumpió sin dudarle, volviéndose hacia ella. Su mirada era afilada como una espada, y contenía algo más profundo.



Levantó una mano casualmente y señaló los cadáveres dispersos a su alrededor, sus cuerpos retorcidos y sin sangre.

"Ese tipo..." Hizo un ligero gesto con la cabeza, señalando a uno de los muertos. "Los infectó a todos con esa droga."

Alexa miró los cuerpos por un momento, procesando la información, pero fue lo que Vergil hizo a continuación lo que realmente capturó su atención.

Sin prisa, levantó la mano y las sombras a su alrededor se estremecieron.

Un sonido húmedo y grotesco llenó el aire mientras la sangre comenzaba a desprenderse de los cadáveres. Un líquido escarlata rezumaba por poros,



ojos, bocas y heridas, flotando por el aire como serpientes vivientes. Los cuerpos sin vida se estremecieron involuntariamente, como si su esencia misma estuviera siendo arrancada con violencia.

Vergil no reaccionó. Simplemente observó cómo varias esferas de sangre flotaban sobre su mano, girando lentamente en el aire, latiendo como corazones aún vivos.

Alexa sintió un escalofrío recorrer su columna.

Entonces Vergil apretó ligeramente los dedos, y las esferas temblaron. La sangre en su interior burbujeó, como si reaccionara a su voluntad.

"¿Crees que esto es solo sangre normal?" preguntó, con un tono de voz que rayaba en el desprecio.

Alexa frunció el ceño, sintiendo una creciente incomodidad en sus instintos. Su cuerpo gritaba que se alejara, pero la curiosidad le ganó.

Respiró profundamente, activando su avanzado sentido del olfato para analizar la sangre.

En cuanto el aroma llegó a sus fosas nasales, una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Sus pulmones se contrajeron violentamente, su corazón dio un vuelco y un terror primitivo se apoderó de cada célula de su ser.

Era como si la muerte misma estuviera mezclada en esa sangre.

Sus ojos se abrieron de par en par. Su estómago se revolvió.





Una fracción de segundo después, sus piernas se doblaron y cayó de rodillas, jadeando en busca de aire como si se ahogara en el aire que la rodeaba.

Un sudor frío le corría por la frente.

Sólo el olor casi la mata.

Vergil observó la escena, con una pequeña sonrisa dibujándose en la comisura de sus labios.

"Interesante, ¿verdad?", dijo, girando la muñeca y haciendo que las esferas de sangre giraran alrededor de su mano. "Esto no es solo sangre. Es algo mucho... peor".

Alexa intentó responder, pero tenía la garganta seca. Sentía que su cuerpo temblaba, como si una fuerza invisible intentara aplastarla desde dentro.



Vergil la miró un momento antes de extender un dedo, absorbiendo la sangre de nuevo en su piel. En ese instante, el efecto se disipó y Alexa pudo respirar de nuevo.

Ella jadeó, llevándose una mano a la boca, su pecho subía y bajaba rápidamente mientras recuperaba el aliento.

Vergil simplemente la observó, sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y diversión.

Vergil mantuvo su mirada fija en los hombres lobo frente a él. Su presencia aún pesaba en el aire, como una cuchilla invisible presionando contra cada uno de ellos.



Luego dio un paso adelante, con una voz fría y cargada de amenaza.

Si son amigos de ella, yo seré su amigo. Pero escuchen atentamente... si alguno de ustedes piensa siquiera en traicionarla o hacerle daño, les garantizo que rogarán por una muerte rápida.

Un brillo carmesí bailaba en sus ojos, y el aura alrededor de su cuerpo fluctuaba como llamas oscuras, haciendo que el ambiente fuera aún más sofocante.

Los hombres lobo dudaron por un segundo, pero la amenaza implícita en sus palabras los golpeó como un trueno.

Uno a uno, cayeron de rodillas, con los puños golpeando el suelo y la cabeza inclinada en reverencia.

"¡Nunca traicionaríamos a la Princesa!" rugieron al unísono, sus voces resonando por el lugar como un juramento solemne.

Vergil observó esto por un momento, evaluándolos con la mirada. Podía sentir el miedo, pero también la lealtad sincera.

Luego se volvió lentamente hacia Alexa, que todavía se estaba recuperando del impacto de la sangre corrupta.

—Bien —dijo con una leve sonrisa—. Ahora, protégela mientras yo me encargo de esto.

Dijo Virgilio antes de escuchar...





—¡Bastardo! ¡No necesito protección! —rugió Alexa, tan furiosa que los cielos desataron rayos que casi alcanzan a Vergil.

—Maldita sea, todavía tiene ese temperamento —dijo Vergil—. ¡Gracias, chica, cuídate! ¡Voy a matar a todos los que están ahí fuera! —dijo Vergil, rompiendo la dimensión y desapareciendo inmediatamente después.

